

RAFAEL AZCONA

El pisito

Novela de amor e inquilinato

Índice

PRIMERA PARTE

El idilio, 7

INTERMEDIO

La boda, 91

SEGUNDA PARTE

La muerte, 95

Final, 135

PRIMERA PARTE

El idilio

Una mañana sí —y otra también— doña Martina Torralba se removía en la cama al sonar las cinco en el reloj de la cercana parroquia, el gatazo que dormía a su lado resbalaba por la colcha y caía a plomo en el orinal, y su lacerante maullido despertaba al callista Dimas Gironde, huésped en casa de la anciana; el callista saltaba de la cama con los pelos de punta, irrumpía en el cuarto del escribiente Rodolfo Gómez, su compañero de hospedaje, y los dos, en camiseta y calzoncillo, se plantaban en la habitación de doña Martina para presentar sus protestas.

Aquella mañana Dimas decidió pasar de las palabras a los hechos y cogió del perchero su paraguas:

—Hoy me lo cargo. Mira.

Rodolfo bostezó:

—Esa criada es un desastre...

Y señaló la corbata y la nota que había colgado del pomo de su puerta antes de acostarse: «Maricruz, por favor: quítale esa mancha; es de grasa de chorizo».

El callista le echó una ojeada al papel:

—Despierta de una vez, coño. Te he dicho que son las cinco de la madrugada, ¿cómo quieres que esté levantada?

—Ya, pero es que me la tengo que poner hoy, porque no encuentro la otra.

Dimas lo metió en la cocina de un empujón:

—Déjate de corbatas, yo te regalo una, más de cien tengo en el baúl. Aquí lo que urge es liquidar a ese gato.

Rodolfo sabía que el callista era un mitómano y, en lugar de tomar en consideración el ofrecimiento, profetizó:

—Eso. Tú te cargas al gato y doña Martina se muere del disgusto.

—¿Cuántas veces le hemos dicho a esa vieja chocha que meta el orinal debajo de la cama? ¿Nos ha hecho caso? ¡No! —Había cogido el saco de serrín que servía para renovar el de la caja del gato y lo sacudía boca abajo, derramándolo sobre el embaldosado—. ¡Muy bien! ¡Pues que se atenga a las consecuencias!

Rodolfo estaba a punto de cumplir los cuarenta, empezaba a quedarse calvo, lucía un bigotito de galán de Cifesa y tenía hambre a todas horas: al levantarse su hambre era más bien necesidad, el hombre sentía las paredes del estómago pegadas, como si durante la noche le hubieran hecho el vacío con una máquina neumática.

Así es que, sin preocuparse por los manejos de Dimas, abrió la fresquera y se enfrentó con un huevo, un trozo de tocino y las sobras de la sopa de la cena, que era todo lo que contenía. Optó por la sopa y bebió directamente de la cacerola.

—Tú te pones en la puerta con el saco —le instruía el callista, mientras terminaba de vaciar el serrín—, yo entro, hostigo al gato con el paraguas, y cuando ese cabrón busque la huida, tú le echas el saco encima. Luego lo lastramos con un par de adoquines y lo tiramos al Manzanares.

Rodolfo bebió otro sorbo de sopa; estaba fría, pero como no tenía demasiada grasa se podía tomar.

—Y si la vieja palma, pues mejor. ¿No te ha prometido dejarte el piso cuando se muera? —Dimas le quitó la cacerola de las manos—. Vamos a ver. En China hay un mandarín que tiene cien años. Es inmensamente rico y basta que aprietes un botón para que el tío reviente y tú heredes su fortuna. ¿Aprietas el botón o no lo aprietas?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—No sé. —Rodolfo abrió el grifo para rellenar la cacerola; mejor que la criada no notara la merma en la sopa—. Además, doña Martina no es millonaria y solo tiene ochenta y tres años.

—Pero tiene el piso. Y tú, sin piso, seguirás sin poderte casar con Petrita. Yo lo hago por ti, porque a mí el piso ni me va ni me viene. —Le pasó el saco, recogió el paraguas y se lanzó a fabular—. Aparte, que si me sale lo que tengo entre manos me mudo al barrio de Salamanca, pongo en el balcón el letrero de podiatra, que solo me faltan dos asignaturas para sacar el título, y que os den morcilla al gato, a la vieja y a ti.

Rodolfo lo oía como quien oye llover: aquel quimerista se pasaba la vida ideando combinaciones para salir de la pobreza, pero sus combinaciones jamás se traducían en dinero en metálico; la que se traía entre manos aquel invierno se basaba en acertar la quiniela haciéndole los pies gratis a una médium argentina a la que había conocido en Las Palmeras, salón de baile que solía frecuentar para buscar clientela: entre los pies de los habituales del local se daban como hongos los callos, los adrianes, las durezas, los juanetes, los clavos y los ojos de gallo.

—¿*Oquei*, Gómez?

—*Oquei*. —Le estrechó la mano Rodolfo, y tras soltar otro bostezo, le advirtió—: Pero yo declino toda responsabilidad.

El gato mayaba ahora quejumbroso, como si se lamentara de la dureza de la vida. Dimas y Rodolfo pegaron las orejas a la puerta del dormitorio de su patrona:

—Teo, si me arañas no te puedo secar —era la vocecita de doña Martina; llamaba Teo al gato en recuerdo de un hermano suyo, muerto en la guerra por error, pues lo fusilaron confundiéndolo con otro Teodoro—. Estate quieto, que ahora te daré unas friegas con colonia y así entras en calor.

La propuesta debió de provocar la furia del felino, porque a través de la puerta se oyeron unos bufidos; al terrible callista, en cambio, la mención de la colonia le sugirió una idea incendiaria:

—Fenómeno: ahora le pegamos fuego y listo.

Pero la anciana ya parlamentaba:

—Perdona, perdona, tampoco es para ponerse así. Mira, si te portas bien le diré a Maricruz que te compre un riñoncito de cerdo. ¿Eh?

—Riñoncitos de cerdo. Y a nosotros, carne de equino —gruñó Dimas—. Porque ella dice que nos da ternera, pero es caballo. Y si me apuras, caballo de picador.

—Bueno, pero alimenta.

—A ti un día se te va a descolgar el escroto hasta el suelo y vas a ir arrastrando las pelotas por la calle, de cojonazos que eres —le auguró el callista. Y se dispuso a atacar—. Ya sabes: yo entro, le doy con el paraguas, y cuando busque la huida tú le echas el saco encima. ¿*Oquei*?

—*Oquei*. Pero, ojo, que ese bicho es muy traicionero.

—¿A mí? ¿A mí, que me batí una vez con el célebre maestro Afrodiseo? —alardeó el mitómano, haciendo un par de molinetes con el paraguas—. Tú abre, que como se me revuelva, me tiro a fondo y lo ensarto como a una aceituna.

Rodolfo se encogió de hombros; él había cumplido avisándole: si aquel perturbado se creía D'Artagnan, peor para él. De manera que abrió la puerta y lo que tenía que suceder sucedió en menos tiempo del que lleva contarle: el espadachín irrumpió en el dormitorio esgrimiendo el paraguas, el gato se refugió bajo la cama al advertir sus intenciones, Dimas se agachó para hostigarlo con el paraguas y la bestia se abrió paso hacia la puerta lanzándole un zarpazo a la cara.

—¡Me ha cegado! —aulló el callista llevándose una mano a la mejilla.

—Lo sabía yo que te iba a sacar un ojo —se ensañó Rodolfo—. Déjame ver.

Pero el herido lo repelió a codazos para inclinarse sobre la cama y mostrarle el pómulo ensangrentado a doña Martina, que parapetada tras el embozo se encomendaba a toda la corte celestial:

—¡Mire! ¡Ahora mismo me voy al juzgado y la empapelo a usted y empapelo al gato!

—¡Y yo lo denuncio por falta de pago! —lo desafió la anciana dando chillidos—. ¡Que me debe un mes de pensión!

El callista rehuyó el tema:

—Son las cinco de la madrugada, señora. ¿Usted cree que es el momento de hacer cuentas? Yo estoy aquí para hablar de cosas más serias. Se lo aviso por última vez: o cambia usted de gato o mete el orinal debajo de la cama. Porque yo, señora, yo necesito descansar, porque si no descanso pierdo el pulso y puedo hacer una carnicería en los pies de mis clientes. ¿Estamos?

Y salió dando un portazo.

—Lo tengo que echar, ese hombre es un sinvergüenza. —Doña Martina buscó con la mirada a su huésped predilecto—. ¿Está usted ahí, don Rodolfo?

A Rodolfo solo lo llamaban por su romántico nombre de pila dos personas: Petrita, su novia desde hacía catorce años, y doña Martina, su patrona durante los últimos once; el resto del género humano lo conocía por Gómez.

—Sí, aquí estoy. —Ante la luna del armario, Rodolfo se eliminaba una espinilla de la nariz.

—¿Sabe usted que la otra tarde aprovechó que yo estaba en la novena para meter en casa a una golfa?

—Bueno, sería una cliente.

—Sería lo que usted quiera, pero en golfa. Y además me debe un mes de pensión.

—Ya le pagará. —Tras estudiar y oler la materia sebácea que amarilleaba en la yema de su dedo, Rodolfo cogió un frasco de agua de colonia—. ¿Puedo...?

—Claro, hijo. ¿Cómo me va a pagar, si lo que no se le va en piculinas lo pierde en el juego? Que me pague lo que me debe y lo echo.

Desinfectado el cráter dejado por la espinilla, Rodolfo devolvió el frasco de colonia a la mesilla:

—Bueno, ya le pagará.

—No sea usted cándido. Pero ¿no sabe lo que me ha propuesto?

—No.

—Quiere que lo adopte.

—¿A quién?

—A él. Así, cuando me muera, lo que el Señor no quiera, hereda el piso y ya no se lo puedo dejar a usted.

Rodolfo, que ya iba hacia la puerta, se volvió, estupefacto, y ella lo tranquilizó:

—No se preocupe, que yo no voy a prohijar a ese perdulario. El piso será para usted, para que se case con su novia y me cuiden a Teo cuando yo le falte.

Oloroso a lavanda y hecho un lío, Rodolfo salió al pasillo sin saber qué decisión tomar: ¿allanaba la habitación del desleal amigo y le pedía cuentas de su traición, o se volvía a la cama? En la duda optó por hacer estación en lo que llamaban baño, en realidad un retrete dotado de lavabo y ducha.

—Ah, pasa, pasa.

Dimas se lavaba el araño inclinado sobre el lavabo. A Rodolfo le hubiera gustado darle una patada en el culo, pues lo tenía a huevo. Pero se conformó con lamentarse:

—O sea, tú, mucho decirme que no te interesa el piso, y luego, a espaldas mías, intrigas para que te adopte la vieja.

Dimas alzó la mirada a la imagen de Rodolfo, reflejada en el espejo:

—¿Eso te ha dicho? A esa pobre mujer habría que internarla. No rige, Gómez, no rige. ¿Qué necesidad tengo yo de una madre a mi edad?

Naturalmente, Rodolfo no le creía. Y Dimas, que sin duda lo intuyó, dejó a un lado el espinoso tema y pasó a alabar las excelen-

cias de una pierna ortopédica que, de pie en el rincón de la ducha, parecía a punto de echarse a andar:

—¿Has visto qué maravilla? Esto es una prótesis y lo demás son cuentos: nadie diría que es de segunda mano ni que tiene treinta y tantos años. Técnica alemana, material de primera calidad.

Hizo flexionar las articulaciones del inquietante aparato con la tranquilidad de un ortopédico profesional y explicó que, una vez engrasado, lo había dejado allí para evitar que el aceite le ensuciara el consultorio. Y siguió:

—Es para un pobre muchacho. Imagínate: el chico se arrojaba a las vías del metro cuando oía los trenes acercándose a las estaciones, los conductores frenaban al verlo, el presunto suicida volvía al andén diciendo que se quería morir porque su madre estaba enferma y no podía comprarle penicilina y con este truco le sacaba unas pesetas al noble pueblo de Madrid, que tiene un corazón como una casa. Pero, claro, en una de esas un conductor no frenó a tiempo y el chico perdió una pierna.

—Qué barbaridad —dijo Rodolfo, impresionado.

—¿Tú has visto *Los Gavilanes*? —El callista se pasó al género lírico sin previo aviso—. Un día te la canto entera, porque yo de joven tuve amores con una tiple y me aprendí más de quinientas zarzuelas.

Y con la pierna artificial bajo el brazo, salió del retrete cantando lo de:

*Amigos, siempre amigos,
acaben ya los odios y las guerras,
amistad, amistad...*

Rodolfo, que se había quedado dormido sentado en la taza, despertó hacia las ocho de la mañana. Mientras exoneraba el cuerpo, llegó a la conclusión de que la vida era un asco: a unos les cortaba una pierna, como a aquel desgraciado cliente de Dimas, y a otros las alas, como a él. Pero él, ¿tuvo alguna vez alas, ideales, ambiciones, sueños, ilusiones, o fue siempre el mismo tipo desencantado de todo sin haber gozado de nada? Lo mejor era no darle vueltas a la cabeza y aceptar la realidad por dura que fuera, ya que no había otra: ¿de qué le valía a Dimas inventarse una mejor, si a sus cincuenta años seguía embarrancado en aquella pensión miserable, malviviendo de sus fantasías, engañando al prójimo cuando el prójimo se dejaba y a él mismo en todo momento? Aparte, la realidad no era tan espantosa: *De acuerdo; esto de nacer pobre es una cosa que se paga toda la vida, pero al menos cago a diario con toda felicidad*, se consoló recordando los gemidos que se escapaban del cuarto de aseo de la oficina cada vez que don Manuel Esparragal, su jefe, se enfrentaba al estreñimiento crónico.

Reconciliado con la vida, tiró de la cadena, se aseó sumariamente y salió al pasillo justo en el instante en que la criada volvía de la calle con la leche y el pan:

—Maricruz, por favor, quítame esa mancha. —Le dio la corbata y de paso se apropió de un trozo de pan.

—¡Deje ese pan, señor Gómez, que luego falta en la mesa y doña Martina dice que le siso! —gimoteó la buena mujer, una viuda dispuesta a llorar a cualquier hora sin causa que lo justificara.

—Luego me lo descuentas.

—No piensa más que en comer, puñeta —le reconvino Dimas, que salía de su consulta enfundado en una bata en otros tiempos blanca—. Y en la vida hay cosas más importantes que comer.

—No creo —rebatíó Rodolfo, con la boca tan llena de pan como de convencimiento.

Vista desde la mesa de la señorita Avelina, mecanógrafa de la firma Esparragal e Hijo, Comisionistas en Salazones, la cabeza de don Manuel Esparragal —el hijo, porque el padre llevaba muerto un montón de años— aparecía nimbada por una aureola formada por las letras H I G A L M E N D R A. Este curioso efecto óptico era el producto de una compleja serie de circunstancias: a) en el afán de vigilar al personal, el comisionista en salazones tenía su mesa de despacho alzada sobre una tarima y señoreaba así las de sus empleados; b) en el muro que quedaba a su espalda colgaba un reloj de esfera circular, obsequio publicitario de una compañía de seguros cuyo nombre de doce letras ocupaba originalmente el lugar de las horas; c) el creador del Higalmendra, una bazofia alimenticia basada en rellenar higos secos con almendras, había sustituido tales letras por las que componían el nombre del producto de su invención, y como faltaba una para las doce, en el lugar de las doce aplastó y pegó con Sindetikón una muestra de su invento.

—Don Manuel, las dos y media.

La señorita Avelina lo anunció al mismo tiempo que enfundaba una Remington modelo 1920; en su trato con el patrón a la mecanógrafa le sobraba el coraje que faltaba al cerdo de Honorio y al lavativa de Gómez —así calificaba siempre en sus soliloquios a los dos escribientes de la empresa—, incapaces de defender derechos como aquel de dejar el trabajo a las dos y media en punto de la tarde, que para eso era sábado. Claro que la señorita Avelina conservaba ciertas fotos comprometedoras de la época en que hizo un viaje con su patrón a un secadero de bacalao.

—Vaya por Dios —gruñó don Manuel, volviendo la mirada hacia su aureola. Y como todos los días filosofó—: El tiempo se va como el agua en una cesta.

—¡Ha llegado el momento de ingerir el alimento! —pareó Honorio, un tipo con pinta de sacristán, muy dado a repetir las facecias de los cómicos que actuaban en el Calderón, teatro donde se sacaba un sobresueldo como acomodador.

—Usted siempre con sus chirigotas—le reprendió don Manuel. Y le reclamó a Rodolfo—: Bueno, Gómez, ¿están o no están esos pitillos?

El ácido clorhídrico anegaba el estómago del señor Esparragal cada vez que sorprendía a sus empleados mano sobre mano, y para evitarlo y ahorrarse así la ingestión del bicarbonato a puñados, los ocupaba en tareas que poco tenían que ver con sus obligaciones laborales: en general los ponía a rellenar los higos con las almen dras, pero como el artesanal producto no toleraba un prolongado almacenamiento, cuando las existencias excedían a la demanda, don Manuel no dudaba en obligarlos a limpiar y engrasar su velomotor, a hacer leña para la estufa o a liarle los pitillos.

—Doscientos siete. —Rodolfo le presentó los pitillos en la tapa de hojalata de una caja de galletas.

—¿Cómo? ¿Solo doscientos?

—Doscientos siete. El tabaco traía mucha estaca. Mire. Le hizo ver las que llenaban un cenicero. Don Manuel tactó los pitillos:

—Como siempre: unos duros, otros blandos y otros ni fu ni fa.

—Es la máquina, don Manuel. Se le han desajustado los ejes y, claro, como la tela ya no tensa, pues eso —se disculpaba Rodolfo mientras descolgaba del perchero la gabardina y el sombrero de su jefe.

—Hasta el lunes —se despedía la señorita Avelina, seca y tiesa como una alabarda rematada en un moño.

Don Manuel correspondió con un gesto que valía por «Anda y que te zurzan» y atendió a Sixto, un joven medio alelado que lo saludaba militarmente:

—A sus órdenes. ¿Puedo irme con mi madre?

Iba a cumplir los veinte años, pero el miedo que pasó en un bombardeo durante la guerra lo había dejado atontado y militarizado para siempre.

—¿Y la publicidad? ¿Por qué no lleva puesta la publicidad?

La publicidad consistía en un par de chapas de contrachapado que el infeliz se apresuró a colgarse de los hombros; en el delantero se leía:

«HIGALMENDRA
A LA RICA CALORÍA»

y en el que le quedaba a la espalda:

«HIGALMENDRA
CONCENTRADO VITAMÍNICO»

Letreros que don Manuel le obligaba a pasear por la ciudad los sábados por la tarde y los domingos y festivos en jornada completa.

—A ver, las coplillas.

Con la música de *La Vaca Lechera* y la moquita colgándole de la nariz, Sixto atacó:

—*Higalmendra, Higalmendra,
no es una fruta cualquiera,
natural y almibarada
te da fuerza concentrada,
es un alimento sano,
yo siempre lo tengo a mano,
tolón, tolón, tolón, tolón.*

—¡Más brío, Sixto, más brío! ¡Y límpiese ese moco!

—A sus órdenes. —El hombre sándwich se sorbió el moco y exigió, adelantando una mano—: Que ha dicho mi madre que me dé el duro.

—¡A mí no me venga con exigencias, que lo pongo de patitas en la calle! —se encrespó el señor Esparragal. Pero sacó del bolsillo un duro y amonestó al pobre imbécil—: A ver si lo entiende: esto es una gratificación. O sea, que si quiero se la doy y si no quiero, pues no se la doy. ¿Está claro?

—A sus órdenes —volvió a saludar Sixto, jubiloso, y con el duro en la mano se fue hacia la puerta trastabillando por culpa de los carteles.

—Y luego decimos que es tonto —malmetió Honorio, un cobista de mucho cuidado—. No he visto tío más metalizado.

—Está visto que no se puede hacer la caridad —gruñó don Manuel—; das la mano y te comen el brazo.

Rodolfo llevaba toda la mañana esperando aquel momento:

—La gabardina, don Manuel.

El señor Esparragal metió los brazos en las mangas y Rodolfo le planteó el problema:

—Yo quería consultarle una cosa. Sobre el pisito de mi patrona, ya sabe. Ahora me dicen que me puedo quedar con él si ella me adopta. ¿No le podría preguntar a ese procurador amigo suyo, a ver si eso es factible?

Sorprendido, el comisionista en salazones torció el cuello para mirar a Rodolfo:

—Pero, ¿esa señora está dispuesta a darle sus apellidos?

—Bueno, como quiere que le cuide el gato cuando ella se muera, a lo mejor...

El señor Esparragal frunció el ceño para pensar con más intensidad:

—No sé... Comprenderá usted, Gómez, que los hijos no se adoptan así como así, sobre todo a cierta edad... Esas cosas llevan